

Year 1 (No. 2) May 1978

BLANK PAGE, BACK OF TITLE PAGE

¿QUE COMIAN LOS TIBURONES DE BARAHONA?

por: Roberto Martínez Torres

Ya, al leer el título del artículo, el lector de seguro habrá dejado dibujar una leve sonrisa en su rostro, o tal vez una mueca de incredulidad, y tal vez llegue hasta a pensar: ¿Qué se habrá creído este individuo? ¿Que uno es tonto?... Pero el incrédulo lector amigo seguirá leyendo porque además es curioso. Quizá por ese mismo motivo habrá leído el primer número del Boletín donde se anunciaba el hallazgo de una ballena en la playa de nuestro pueblo, en el cual, si bien no se trataba exactamente de una ballena, mostrábamos el esqueleto de un pariente cercano de ella y de otros mamíferos acuáticos: el manatí. Ya el lector se habrá dado cuenta de que no estábamos bromeando. Esa es una de las pruebas más concluyentes de nuestra afirmación de que las tierras que hoy pisamos en Barahona eran hace más de 20 MILLONES DE AÑOS ATRAS LAS AGUAS BAJAS DEL LECHO MARINO, donde se cubrieron los restos de los animales que morían o eran víctima de sus cazadores, los animales de presa de entonces, los cuales restos fueron conservados dentro del cieno del fondo y que al pasar del tiempo se endurecieron y consolidaron para luego tornarse en dura roca caliza. Luego, por razones todavía por conocer, estas rocas surgieron del fondo del mar y constituyeron así el suelo moroveño.

Ahora les hablaremos al lector sobre los no menos sensacionales vecinos de nuestros ya conocidos manatíes : los TIBURONES de Barahona, y muy en especial, de cómo y de qué probablemente se alimentaban de vez en cuando.

Se preguntará el lector cómo es posible que podamos hablar así de cosas que decimos ocurrieron hace más de 20 millones de años atrás y a ello contestaremos que eso es lo que hemos podido ir leyendo en las rocas de los barrios Barahona, Torrecillas, Montellano, Unibón, etcétera. Contamos con suficientes pruebas de la existencia de los tiburones en las playas del hoy territorio moroveño, y de ellas la conclusión lógica de que de algo debieron alimentarse. Es sabido que el plato preferido y único del tiburón moderno es la carne, ya sea la de sus vecinos o bien la de sus congéneres, y no hay razones lógicas para suponer que el tiburón, carnívoro y depredador por excelencia, no lo haya sido así en el pasado remoto. Eso es algo que va de abuelo a nieto, y la evidencia en nuestro poder más bien apunta a lo contrario: que los abuelos eran mucho más carnívoros y depredadores que sus mo-

(pasa a la página siguiente)

dermos descendientes, los parientes del ya inmortalizado "tiburón asesino", "JAWS".

Habremos de re-construír aquí un drama que se debió haber desarrollado una infinidad de veces en las aguas que una vez cubrían todo el territorio Barahonense. El mismo lo hemos podido reconstruír gracias a la evidencia que hemos podido recoger en el batey mismo de la residencia de nuestro Co-editor, el compañero Oscar Vega Maldonado. Veamos, o mejor dicho, imaginemos...

...las aguas claras, mansas, inmensas, bullentes de vida, albergando centenares de miles de especies vivientes. No se formaba aún el Cerro de Santa Bárbara en el barrio Pugnado: allí sólo se iban amontonando a medida iban muriendo los restos de las criaturas que viven en el lodo y cieno de las orillas:las almejas, los erizos, los caracoles, los cangrejos...por millones.

Las Cabachuelas no existían aún. Allí sólo comenzaban a formarse enormes arrecifes de coral que servían de rompeolas en los tiempos del mar bravo y un poco más al sur se extendía la cálida y cristalina arena de la playa, pero no había nadie que la disfrutase a excepción de los seres de la orilla.

Y he aquí que aparecen en escena nuestros viejos y ya conocidos amigos los manatíes. Se trata esta vez de una familia entera de ellos, unos adultos y otros mozuelos seguidos de las pequeñas crías que siguen de cerca a sus progenitores. De seguro ya se han alimentado y juguetean alegremente. Las tibias y transparentes aguas dejan pasar los cálidos rayos del sol aún sin nombre y al pasar la familia de manatíes proyectan sobre el fondo cienoso un sinnúmero de siluetas voluminosas y juguetonas. Las sombras se entrecruzan en armonioso vaivén ignorando el peligro inminente que se avecina.

A menos de un kilómetro avanza una mancha de hambrientos tiburones. Se trata de los tiburones gigantes de casi 60 pies de longitud. Tan hambrientos están que casi están a punto de atacarse unos a los otros, pero al detectar una serie de vibraciones en el agua, cambian de rumbo y se dirigen sigilosamente hacia donde se encuentran nuestros amigos los manatíes. Estos chapaletean y retozan alegremente sin percatarse de la amenaza que se les echa encima. El voraz tiburón es alentado por las cada vez más cercanas vobraciones y decide a alimentarse.

El ataque no se hace esperar y los

(sigue en la página siguiente)

sorprendidos y aterrorizados manatíes se dispersan en todas direcciones. Unos en su huida se dirigen hacia aguas más bajas cerca de la orilla mientras que otros en su desesoeración toman rumbos diametralmente opuestos sellando así su suerte. Allí son presa fácil de los tiburones que blanden sus enormes y afilados colmillos semejantes a enormes y aceradas navajas, ideales para el trabajo de las enormes máquinas de muerte prehistóricas.

Los lentos mamíferos son presa fácill de los voraces escualos que sacian su hambre temporeramente con cuatro o cinco de ellos. Y he aquí que un tiburón de regulares dimensiones ha asestado varias dentelladas al cuerpo de un manatí de tamaño considerable y al tropezar sus dientes con un hueso duro se le han desprendido varios de sus dientes, mas ello no aminora en lo más mínimo su desesperado apetito. Ya [illegible] restan sólo pequeños trozos de carne adheridos a los esqueletos fragmentados de los manatíes sacrificados y los tiburones se alejan dejando tras de sí un rastro de muerte: las aguas unos minutos antes claras y transparentes ahora turbias y sanguinolentas y en el lecho marino los despojos de los manatíes que corrieron la peor suerte. Y uno de los tiburones va con un par de dientes menos pero con su hambre satisfecha.

Todo ha ocurrido vertiginosamente tal vez en el tiempo en que el lector ha leido estos párrafos.

Como señalábamos al principio, esta historia la hemos podido "leer" en el batey mismo de la casa de uno de nuestros compañeros. De la enorme roca sobre la cual se asienta hoy su casa, la cual mide más de 200 pies de largo por más de 25 de ancho y de espesor desconocido, hemos podido estraer varias de las costillas del manatí que inspiró nuestra narración. Dichas costillas aparecieron desperdigadas a lo largo y a lo ancho de la roca. Si el lector se fija en la ilustración Número I, verá que el dibujo reproduce las posiciones en que fueron halladas las costillas así como las huellas de las que ya habían desaparecido. Las mismas se hallaban dentro de un área de aproximadamente 100 pies cuadrados sobre la roca que sirve de fundamento a la casa del compañero.

Una vez fueron descubiertas, procedimos a lavar la roca alrededor de donde se dejaba ver parte de las costillas, apenas visibles puesto que el sucio y las pisadas de la gente ya las habían curtido al extremo que se hacían indistinguibles de la roca que es del mismo color. Una vez lavado el lugar se procedió a tomar fotografías del fósil antes de comenzar a descu-

(sigue en la próxima página)

brirlo y desprenderlo. Hecho esto comenzamos a cavar con marrón y cortafrío alrededor de las costillas, las cuales iban apareciendo poco a poco ante nuestra vista. Así estuvimos hasta que descubrimos los extremos de las dos que se hallaban juntas y luego comenzamos a cincelar alrededor de las mismas para extraer la base rocosa sobre la que se hallaban incrustadas. Y al cabo de varias horas de sudorosa labor nuestros esfuerzos se vieron recompensados cuando partimos la roca por debajo de las costillas, y así las pudimos extraer intactas. (Ver la Fotografía Número I).

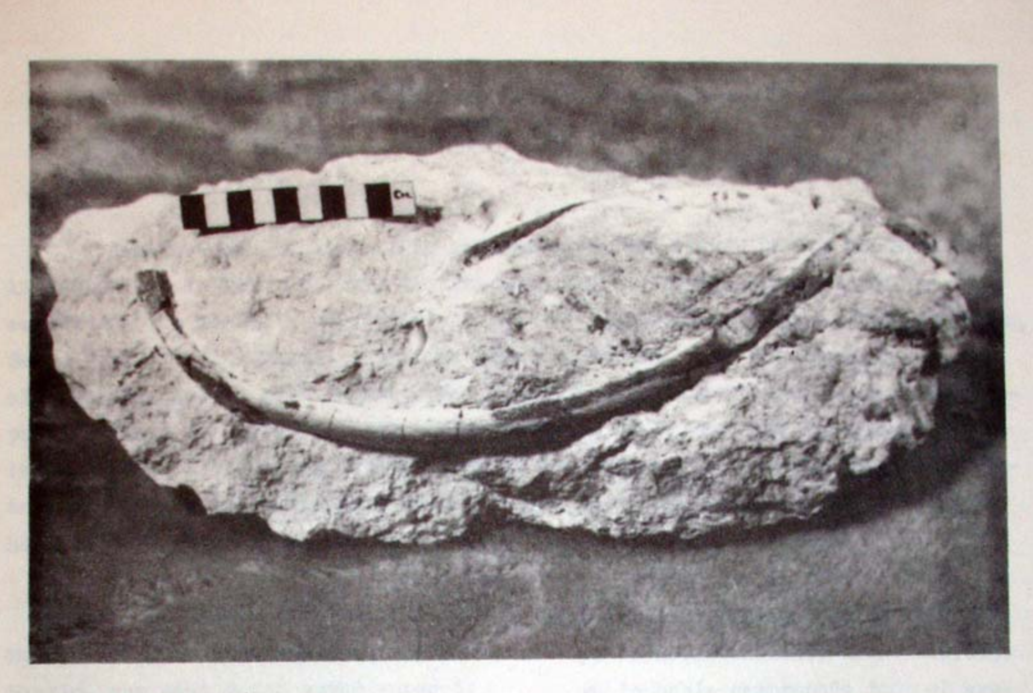
Mas las sorpresas no habían terminado todavía como lo habíamos creído. Al levantar lentamente el pedazo de roca con las dos costillas adheridas, notamos que no despegaban del todo e hicimos un poco de fuerza para lograr nuestro objetivo. Entonces fue que escuchamos un leve ruido indicativo de algo que se había quebrado y al voltear la piedra justo debajo de las costillas descubrimos un gran diente de tiburón que se había partido por la mitad por encontrarse a medio camino entre el fragmento de piedra desprendido y la laja de la parte inferior.

Sin pensarlo mucho lo recogimos y lo pegamos y quedó "como nuevo". Y creo que en aquél momento sólo una idea corrió al unísono por nuestras mentes: "Aquí tiene que haber ocurrido algo..."

El diente encontrado que reproducimos en la Fotografía Número II pertenece al tiburón gigante prehistórico cuyo nombre científico es CARCHARODON MEGALODON, que es el antepasado del moderno tiburón blanco denominado científicamente como CARCHARODON CARCHARIAS (Ver la Portada). Este es fácilmente identificado por sus enormes colmillos triangulares y cuyos bordes a modo de sierras cortantes lo convierten en el rey de las profundidades, como lo fue su tatarabuelo el tiburón de nuestra historia. Estos monstruos de las profundidades serán objeto de futuros reportajes pues lo limitado de nuestro Boletín así lo exige.

El manatí del cuento, cuyas costillas hemos hallado debió haber medido cerca de los diez pies de longitud aproximadamente a juzgar por el tamaño de las costillas incrustadas si estas no son de las más grandes. Este manatí es más pequeño que el reportado en el número anterior si nos basamos en datos tales como el tamaño y espesor de las costillas incrustadas que fueron halladas. Algunas costillas del manatí encontrado en Torrecillas alcanzaban hasta los 55 centímetros de longitud, mientras que

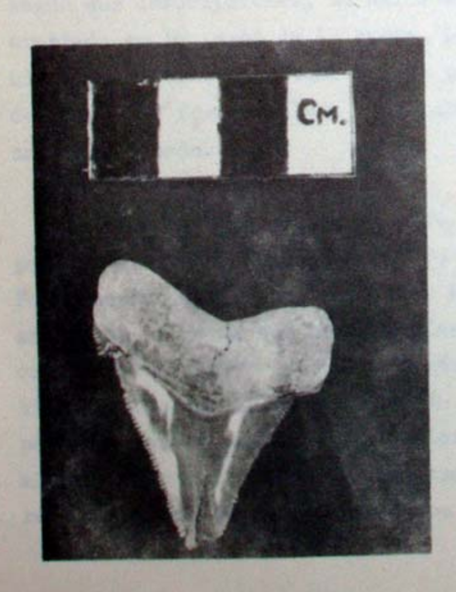
(sigue en la página 14)

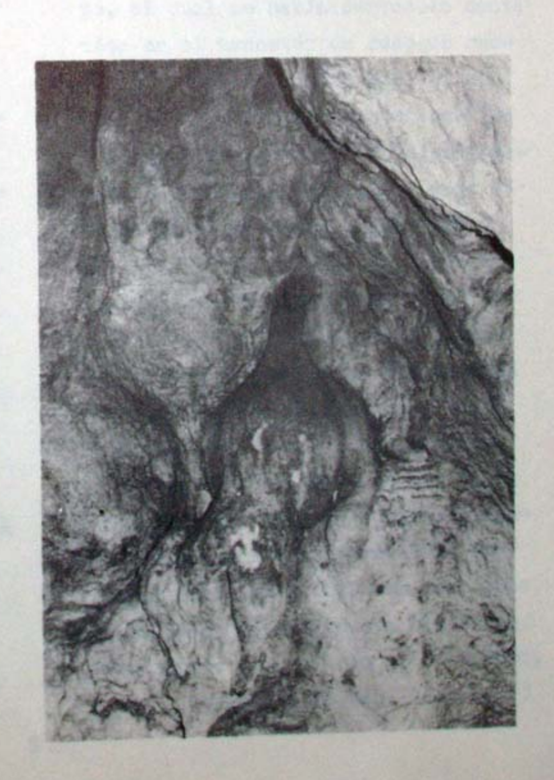


FOTOGRAFIA NUMERO 1

FOTOGRAFIA NUMERO 3

FOTOGRAFIA NUMERO 2





7

BLANK PAGE, BACK OF “FOTOGRAFIAS 1-3”

DE COMO LAS CABACHUELAS DE MOROVIS SE CONVIRTIERON EN EL ALTAMIRA JIBARO

por: Roberto Martínez Torres

A continuación publicamos la primera parte del DIARIO DE LAS EXPEDICIONES ARQUEOLOGICAS de MAYO DE 1976, escrito mientras se llevaba a cabo la misma. Esta espedición fue dirigida por el Arqueólogo del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Señor Ovidio Dávila Dávila, quien bautizara a Morovis como "El Altamira Jíbaro" al comprobar que es este territorio donde se han descubierto las muestras más representativas del arte rupestre en Puerto Rico. Se le denominó así porque es en las cuevas de Altamira en España donde se han descubierto las más elaboradas pinturas rupestres del continente Europeo. ¿Qué se descubrió en las Cabachuelas de Morovis para que se le diera este nombre a nuestro pueblo? Veamos:

Un día del mes de abril de 1976 llega a mi casa un grupo de muchachos del barrio, hoy casi todos estudiantes de Escuela Superior, alborozados y muy empeñados en que los acompañara a "La Cueva de las Palomas" en las Cabachuelas para que viera una "tortuga convertida en piedra" que supuestamente y según sus descripciones, se hallaba incrustada en la pared de la cueva. La misma la describieron como de dos pies de largo, de forma ovalada, con cabeza, rabo y todo.

El hecho me hizo pensar un poco, pues no había escuchado de un tipo de fosilización en que se conservara el animal de la forma que me lo habían descrito, pero tampoco lo dudaba y más bien aquello excitó mi imaginación al punto de que planeamos una expedición al lugar. Después de todo, encontrar restos fósiles de animales marinos en territorio Barahonense no resultaba ya un acontecimiento increíble, como ya lo había comprobado todo el grupo, el cual se había destacado hacía años en el menester de recoger restos fósiles en todo el barrio. Envuelto en el entusiasmo de aquellos jóvenes "buscadores de fósiles", planeamos la visita a la cueva y la fijamos para la mañana siguiente.

Con la "hicotea petrificada" en mente nos dirigimos aquella mañana rumbo a la Cueva de las Palomas, la cual yo había oido mencionar por primera vez. Mientras caminábamos, pensaba sobre el hecho de que un objeto de ese tipo no hubiese llamado la atención anteriormente a los que allí habían entrado en ocasiones anteriores, pues la cueva era harto frecuentada desde hacía mucho tiempo,

(sigue en la Pág. siguiente)

y algo de tal naturaleza hubiese llamado la atención de los curiosos. Fue por esa duda de que salimos armados solamente de una cámara fotográfica, sólo con la modesta idea de tomar varias fotos del mencionado fósil.

Luego de enredarnos por entre los bejucales buscando a tientas la ruta exacta hacia la cueva, pues nuestro "guía" se encontró tan confundido que no pudo dar con el camino verdadero, nos encontramos por casualidad con otro grupo de barahonenses que también habían sacado el día para "explorar", al igual que nosotros. El grupo aumentó y para bien de todos, uno de los advenedizos, Oscar Vega, conocía la ruta correcta hacia la cueva, lo que le valió el nombramiento de guía y seguimos sus pasos.

Ya habíamos caminado por los alrededores de la finca de Doña Eulogia, dueña de la finca donde se halla la cueva ubicada, y seguimos hacia la finca de Don Franco Cláss con el cual colinda. Cerca de allí se encuentran los límites de barrio entre Barahona y Torrecillas,que se reparten la zona denominada las Cabachuelas.

Por fin llegamos a un claro entre montes desde donde se divisaba bien arriba, quizá a 300 pies de altura sobre nuestras cabezas, la entrada de la Cueva de las Palomas,,de frente al Este, majestuosa, con su enorme boca como para tragarse el sol al amanecer.

Allí se hallaba inmóvil y estoica, ante el embate de los fenómenos naturales que ya habían hecho mella en su amarillenta faz, tal vez tan majestuosa e imponente como la vieron por primera vez nuestros antepasados, los Primogénitos de Boriquén.

Sin pensarlo mucho, decidimos escalar la pendiente caliza que hace casi inaccesible la subida a la boca de la cueva. Reptamos como serpientes, unas veces agarrándonos de las raíces de los árboles que a duras penas se agarraban desesperadamente del desfiladero para no caer, otras veces de los fuertes matojos que crecen entre las grietas de las rocas y sobre los cantos rodados que se han desprendido del monte hace ya muchos años y que aún no han terminado de caer pendiente abajo.

Subimos casi a mitad de la pendiente y pasamos sobre una roca resbaladiza que se haya permanentemente cubierta de humedad que filtra del monte, procreando una fina capa de muzgo que dificulta el acceso. Pasando una serie de arbustos espinosos y varios refugios rocosos de poca envergadura llegamos a la entrada de la cueva. A aquella altura se puede divisar la casi totalidad del paisaje moroveño, desde el sur hasta el noreste;y se puede apreciar las distintas tonalidades de la vegetación del área así como la serie de mogotes que compone el área de las Cabachuelas. Si se mira hacia abajo,se puede ver claramente el farallón

cortado casi verticalmente por los procesos de derrumbe que ocurren en este tipo de paisaje terrestre.

Entramos. Las pisadas nuestras levantaban una espesa polvareda amarillenta que daba un aspecto desértico al interior de la cueva. Uno de los testigos del "hallazgo" se adelantó y señaló con su dedo índice hacia una esquina: "Mira la hicotea de piedra.." (Ver la figura en la Fotografía #3)

Silencio absoluto por unos breves instantes. La miré unos segundos, apreciándola en todos sus detalles, y pensé que habíamos dado aquella caminata tan penosa para tan sólo contemplar aquella peculiar estalactita, que reproducía bastante bien el contorno de una tortuga, y, en efecto, de pura piedra...

No sé si me sonreí o me quedé muy serio ante aquél tremendo chasco. Lo cierto fue que al menos nos desengañamos y descartamos la tortuga de los fósiles de nuestra colección. Procedí a explicarle al muchacho lo que era aquello en realidad, y mientras eso hacía noté una serie de simples "rayazos" un poco más abajo de la peculiar estalactita. Y más al frente había otras, muy parecidos a los rayazos que hace un muchachito de seis años cuando tiene en sus manos un buen pedazo de carbón y una pared blanca.

Pero el hecho me llamó la atención y sin decir nada al grupo seguí buscando detrás de la pared, donde esta vez pude ver una serie de diseños inteligibles algo así como una "hacha", pequeñas caritas con ojos y bocas; y fue entonces que llamé a uno de los compañeros y le pregunté qué le parecían aquellos dibujitos. En efecto, aquello eran dibujos, pero hechos por quién y cuándo? Llamé al grupo y les dije que creía que se trataba de dibujos indígenas, y de inmediato todos comenzaron a rebuscar por entre todos los pasadizos de la cueva que son más de veinte. Seguí encontrando más en el techo del lugar bajo el cual me encontraba y al momento los muchachos reportaban que habían encontrado muchísimos más, en cada uno de los rincones. Unos decían haber encontrado caras, otros espejuelos, guavás, beuquenas, lagartijos y lagartos, además de perfectos rostros de figuras humanas, y entre todos estos una figura que ya habíamos encontrado en otro lugar:un bebé envuelto en una frisa, y al lado un rostro perfectamente dibujado de una hermosa india con una diadema sobre su frente y el pelo en forma de dos trenzas que parecían saltar en el aire.

Con ayuda de la linterna fuimos buscando uno por uno los distintos rincones, y pudimos encontrar más guavás, lo mismo dibujados que "de carne y hueso", únicos moradores de aquellos solitarios

parajes desde épocas remotas...

Ya habíamos localizado más de cincuenta dibujos, la mayoría de los cuales repetían algunos diseños anteriormente descubiertos en otros lugares de la isla en forma de petroglifos,lo que era prueba bastante suficiente de sù procedencia indígena. Decidimos hacerle la "prueba de la saliva", para comprobar si se trataba de carbón escrito recientemente o si era carbón antiguo. Así lo hicimos y la pintura no se regaba como ocurre si frotamos agua sobre el rastro de carbón reciente. Pero, ¿quién nos podría dar la seguridad absoluta de si se trataba de auténticas pictografías ? Solamente había una persona:el arqueólogo del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Señor Ovidio Dávila Dávila.

La cueva tiene prácticamente dos pisos y para subir al nivel superior es preciso pasar sobre una escarpada orilla que da al desfiladero, pero subimos con cuidado y desde allí pudimos contemplar mejor el panorama, y a la vez buscamos las paredes a ver si en ellas habían dibujos, pero allí no apareció ni uno sólo. En cambio, pudimos localizar algo que a todos llamó la atención, no tanto por el objeto en sí sino por el lugar donde apareció: ¡dientes de tiburón incrustados en las paredes de la cueva, y a tan gran altura sobre el nivel del mar. Un examen cuidadoso de la roca que compone la cueva señalaba que la misma estaba compuesta de coral fósil, lo que indica que se formó de un banco de coral en tiempos prehistóricos. Por un momento pensamos que lo que una vez fue morada de los tiburones de Barahona, luego fue la morada de nuestros antepasados. Aunque esto último estaba por comprobarse, pero intuíamos que así había sido, por lo que pensamos: -Deja que Ovidio vea esto.-

Bajamos inmediatamente luego de que comiéramos algo que habíamos llevado, poco, pero que dio para todos pues lo compartimos "como buenos hermanos": salchicha y media para cada uno, un pedazo de queso y dulce y un "traguito de café, que no podía faltar...

Alguien sugirió que caminásemos más adelante hacia otra cueva que se encontraba cerca, lo cual hicimos sin mucho vacilar. Por un trillo bastante dificultoso llegamos a la entrada de la cueva, de la cual no conocíamos el nombre pero que de inmediato bautizamos temporera mente como "La cueva de la mata de guineo", pues en medio de la misma se levantaba una hermosa mata de guineos gigantes. La cueva parecía una enorme iglesia con un no menos enorme tragaluz en el techo, por donde entraba luz a las plantas que dentro de ella crecían.

(sigue en la página 13)

(Viene de la página 12)

Inmediatamente comenzamos la tarea de tratar de descubrir nuevas pinturas rupestres en la cueva, y al cabo de no mucho tiempo dimos con varias de ellas en las paredes que dan al Sur. Allí se podían distinguir especie de pájaros y un muy bien elaborado "chillo" de río, junto a una serie de rostros y otras figuras antropomorfas.

La cueva "de la mata de guineo no es más que un enorme túnel que va a parar a un desfiladero de más de 300 pies de profundidad, hacia el cual miramos "de lejito" y reanudamos la marcha de regreso a nuestros hogares, pues ya oscurecía. Sin embargo, aquél día regresamos más contentos que si hubiésemos descubierto cien tortugas petrificadas.

En una ocasión posterior, parte del grupo original que se siguió interesando en las cuestiones arqueológicas me invitó para que registrásemos una cueva de la cual se había contado que "un americano excavó en ella y encontró un esqueleto de un indio". Esa era la "Cueva de Blackie". Partimos para el lugar armados esta vez de buenas linternas y de la cámara fotográfica y nos dirigimos por la ruta del Riachuelo, que serpentea por entre los mogotes de las Cabachuelas. De primera instancia visitamos una cueva que se encuentra cerca del nacimiento del pequeño río y la cual denominamos "La Cueva de la Calavera" por encontrarse allí un petroglifo de tal apariencia. Seguimos la marcha y subimos la empinada cuesta que conduce a la Cueva de Blackie, donde, luego de examinarla muy detenidamente sólo descubrimos algunos petroglifos grabados en sus paredes., pero ningún indicio de pintura.

Seguimos monte arriba y cruzamos varias hondonadas hasta llegar a una cueva muy oscura donde de inmediato descubrimos una serie de pinturas muy borrosas que semejaban hombres-lagartos en distintas "poses". Una vez registrado el lugar como "La cueva de los Hombres Lagarto" marchamos de regreso esperando ansiosos el día en que se pudiera comprobar la autenticidad de nuestros descubrimientos.

De regreso saciamos la sed en las claras y refrescantes aguas del Riachuelo y seguimos la ruta a nuestros hogares.

Nuestras ansias se colmaron cuando llegó a Barahona el Señor Ovidio Dávila a solicitud nuestra. Fue durante la serie de expediciones realizadas en mayo de ese mismo año cuando se bautizó a nuestro pueblo como "EL ALTAMIRA JIBARO", por la serie de descubrimientos que entonces se realizaron. (=)

(Viene de la Página Número 6)

LA Más larga de las costillas de la fotografía apenas mide 40 centímetros. Por otro lado, el espesor en la parte más gruesa de las costillas encontradas en El Mamingo pasa de los 4 Centímetros mientras que las de la foto sólo alcanzan espesores máximos de 3 centímetros.

La roca donde se encontraban incrustadas las costillas tiene una consistencia algo blanda y no es piedra caliza pura, sino más bien una mezcla de restos calcáreos y cieno arrastrado por un río, el cual invade varios centenares de metros en las costas después de una gran creciente luego de grandes lluvias. Por ello deducimos que el lugar se encontraba cerca de la desembocadura de un gran río donde las aguas bajas se extendían por una gran área frente a las costas moroveñas. Este es el ambiente natural del manatí, como es sabido. En el mismo estrato rocoso encontramos restos de almejas, erizos de mar y caracoles, así como también lo que aparentan ser especie de "flores marinas" o quizá se trate de corales.

No es este el único caso en que encontramos restos del manatí asociados a los dientes del tiburón, sino asociados a dientes de otro tipo de peces. Pero el hallazgo que más evidentemente muestra el conflicto que pudo haber existido entre el manatí y otras especies marinas es el que ahora informamos.

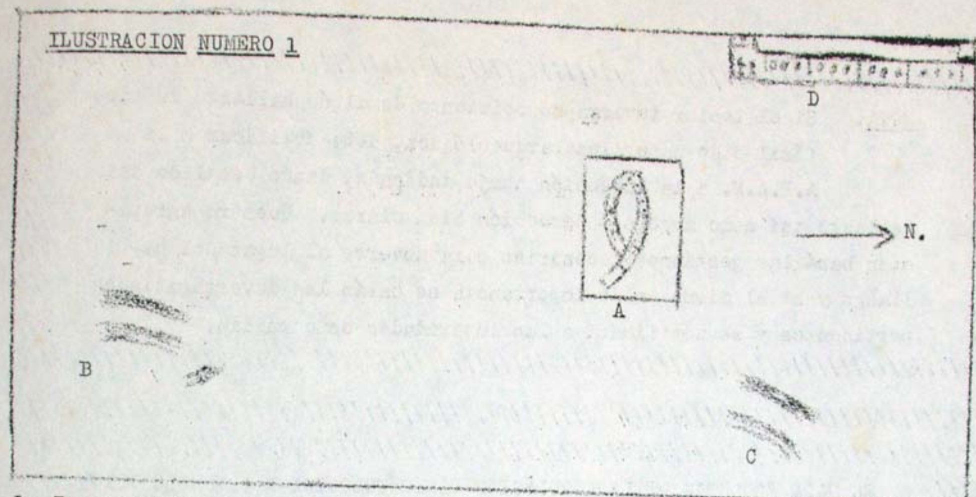
En conclusión, podemos decir que antes de que la isla emergiera totalmente sus aguas estaban habitadas por infinidad de cristuras y que en ella se pudieron haber dado este tipo de dramas que imaginamos ahora ayudados por esta evidencia que permaneció oculta a nuestros ojos por más de 20 millones de años, de la cual podemos leer la historia, si sabemos leer en las rocas, que guardan la historia más larga que jamás se haya escrito.

Hoy en día el manatí, único mamífero hervívoro totalmente acuático está al borde de la extinción y se encuentra cada vez más seriemente amenazado especialmente por las actividades del hombre. Hoy su vida no se ve tanto amenazada por el rey de las profundidades como por otro ser que no pertenece a su ambiente, y que se ha erigido a sí mismo como "el rey de la Creación":el ser humano. Nosotros, los reyes, estamos poniendo a prueba nuestra recién adquirida posición sobre las demás especies del globo... ¿Hasta cuándo la podremos mantener sin poner en juego la existencia de otras especies vitales es uno de los grandes retos con que se enfrenta el "HOMO SAPIENS".

(La Ilustración Número I se encuentra en la Página Número 15.)

(+)(+)

ILUSTRACION NUMERO 1



La Ilustración indica la posición original en que fueron halladas las costillas fósiles del manatí que aparecen en la Fotografía Número I en la página Número 7. La letra A indica el fragmento de roca desprendido de la roca principal sobre la cual se asienta la casa del descubridor de las costillas (letra D). Las letras B y C señalan la posición en que se ven hoy las huellas de otras costillas del mismo manatí que ya desaparecieron.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA EN ESTE ARTICULO:

1. ELLIS, RICHARD: THE BOOK OF SHARKS, Grosset & Dunlap, New York, 1976.

2. HAMILTON, WOOLLEY & BISHOP: THE LAROUSSE GUIDE TO MINERALS, ROCKS AND FOSSILS; LAROUSSE & CO. INC., NEW YORK, 1974.

(NOTA: EL GRABADO DEL TIBURON BLANCO QUE APARECE EN LA PORTADA LO REPRODUCIMOS DEL LIBRO DE RICHARD ELLIS: THE BOOK OF SHARKS, Y APARECE EN LA PAG.72)

+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+=+

MIEMBROS A.P.A.M.	COLABORADORES A.P.A.M.
-Roberto Martínez Torres	-Víctor Rivera
-Oscar Vega Maldonado	-Orlando Sastre
-Jorge Montes Martínez	-Sol René Rivera
-Herminio Rivera Rojas	-Juan Rojas
-Héctor Rivera	-Víctor Cabrera Chéverez
-Edwin Morales Colón	

NOTA: Si el lector tuviera conocimiento de algún hallazgo de tipo fósil o de naturaleza arqueológica, debe notificar a la A.P.A.M. a la dirección abajo indicada, dando detalles del hallazgo así como nombre y dirección bien claras. Nuestra Agrupación hará las gestiones necesarias para moverse al lugar del hallazgo y si el mismo es de importancia se harán las investigaciones pertinentes y se notificará a las Autoridades concernidas.

EL MAPA (BOLETIN DE LA AGRUPACION PALEONTOLOGICA Y ARQUEOLOGICA MOROVEÑA -A.P.A.M.)

AÑO 1, NUMERO 2 - MAYO-JUNIO de 1978

EDITOR: ROBERTO MARTINEZ TORRES
CO-EDITOR: OSCAR VEGA MALDONADO

DISTRIBUCION: COLECTIVO Y COLABORADORES DE LA A.P.A.M.

EDITADA EN BARAHONA, MOROVIS, PUERTO RICO

-Contribuciones económicas, opiniones, comentarios, sugerencias, etc., deben ser dirigidas a la dirección postal abajo indicada.

-Los editores

EL MAPA (BOLETIN DE LA A.P.A.M.)
AGRUPACION PALEONTOLOGICA Y ARQUEOLOGICA MOROVEÑA
CALLE ANDRES NARVAEZ NUMERO 177,
BARRIO BARAHONA, MOROVIS, PUERTO RICO 00717